

Lo único que hay es hambre.

Sí, esas galeotas de la galera de Citerea están encadenadas por la miseria. Dadlas pan, y las veréis encerrarse en sus buhardillas y pasar las noches oyendo la canción del te que hierve en el samovar, mientras salen de la chimenea, entre chispas alegres, imágenes de cuento azul. Dadlas pan y dadlas fuego, si queréis suprimir su comercio.

Aquí, en el café de París, en la atmósfera caliente, se comprende con sólo verlas, lo poco que de locas tienen. En cuanto se sientan ante un velador y el camarero les sirve el te, una beatitud animal se apodera de ellas, las apaga las pupilas, y dándolas una ilusión momentánea de bienestar, las purifica.

## PAISAJES EN ALEMANIA

### LAS NOCHES DEL BROGLIE

—En Strasburgo—me dijo alguien—notará usted que la germanización completa de Alsacia es un hecho. Nada es allá francés. Todo es alemán. Un día le bastará para verlo...

Y en efecto un día me ha bastado. Por todas partes, en la gran ciudad, he visto la garra del águila. He visto, dominándolo todo y llenándolo todo, la actividad y la inteligencia germánicas. He admirado esos edificios suntuosos, mitad templos, mitad palacios, en que la administración concentra sus fuerzas. Aquí, cual en las demás ciudades del imperio, los correos, los bancos, los telégrafos, la policía, los demás servicios pú-

blicos, ocupan oficinas llenas de *confort* y de elegancia. Aquí, las calles, limpias como salones, no tienen nada que envidiar á las de Berlín. Aquí, los bazares monumentales, hacen pensar en las galerías célebres de Colonia. Aquí, en fin, todo respira trabajo, paz, holganza, confianza. Y en un solo día he visto, os lo repito, que hay, en verdad, un Strasburgo alemán.

Pero luego, por la noche, cuando la ciudad que trabaja se ha dormido, he descubierto otra ciudad. Y ésta no es alemana, no, os lo aseguro, ni siquiera es provincia, sino parisiense.

Diríase que, cansados de luchar, los dos espíritus que dominan se han puesto de acuerdo para repartirse el reino de Strasburgo.

—Yo—ha dicho Berlín—tomo el día. Me gusta el sol porque hace lucir el oro de mi casco, porque llena de reflejos áureos mi corazón, por que arranca centenares de chispas á mis espuelas,

Me gusta la claridad para que mis trabajadores llenen de mercaderías los carros innumerables de los ferrocarriles, que corren, mejor que carros de guerra, á la conquista del mundo. Me gusta la luz para que mis monumentales construcciones, mis soberbias columnatas, luzcan con su orgullo y con su novedad.

París ha contestado:

—Está bien. Guarda el día para tí. Yo no necesito de sol para hacer ver mi encanto. Yo luzco al resplandor de cualquier candelabro; yo saco vida de la obscuridad; yo lleno de alegría las tinieblas.

Y, efectivamente, cuando el espíritu alemán, cansado de sus esfuerzos admirables y de sus fecundas labores, se acuesta, junto con el sol, el espíritu parisiense surge dispuesto á hacer milagros. Surge con las estrellas, y llena de luces el espacio y llena de perfumes el ambiente. Las veladas del paseo de Broglie son su obra.

¡Oh, las noches de Strasburgo,  
los noches de Broglie!

Figuráos una perpétua fiesta veneciana. La arboleda es inmensa. En cada rama hay una linterna. Junto á cada tronco hay un velador. Las músicas, incontables, ejecutan aires amorosos.

Y todas son risas y sonrisas, y palabras galantes, y aleteos de esperanza, y suspiros tiernos y suaves reclamos. Algo de feérico anima á la concurrencia. Diríase que los Kobols de la Selva Negra cansados de dar consejos maliciosos á las maritornes de las granjas, se han decidido á llenar de cosquilleos el alma de las señoritas de la ciudad. Todo respira amor. Bajo las linternas que tiemblan entre los árboles, otras luces, más menudas, pero menos intensas, luces negras de pupilas negras, titilan entre parpadeos amorosos.

¡Oh, las noches de Strasburgo,  
las noches de Broglie!

LA CIUDAD FELIZ

Vosotros los que viajáis habéis visto ciudades de esplendor y de lujo, como Paris; ciudades de trabajo, de esfuerzo, de actividad, como Nueva York; ciudades de recuerdos y de leyendas, como Toledo; ciudades de arte, como Venecia. Pero si desconocéis Munich, no habéis visto aún la ciudad de la dicha.

Todo aquí respira felicidad. El cielo, las calles, los árboles, las piedras, los pájaros; todo es venturoso. Los hombres mismos lo son. Vedlos pasar. Gordos y rojos (iguales á los frailes que en los carteles ilustrados de las cervecerías se beben un tonel), con los brazos cortos, con las piernas pesadas, eternamente sin prisa, parecen ir de paseo. ¡Y las mujeres! Las muniquesas, pequeñas y gorditas, vestidas como

doncellas ó más bien como *soubrettes* de ópera cómica ó como sirvientas de *kermesse* de cuadro flamenco, con muchos colores y muchas flores, con muchas cintas, con mucha inocencia, en suma; las muniquesas, que no son bonitas, pero que son frescas, tienen también el aire de pasearse siempre.

Verdad es que á esto contribuye, además de las caras regocijadas el aspecto de las calles.

¿Calles, digo?

Me equivoco.

Son paseos admirables, paseos de árboles, alamedas de palacios, avenidas de jardines. Las mismas callejuelas antiguas, estrechas y tortuosas, están compuestas con tal amor, que semejan decoraciones de teatro para un acto de los *burgraves*. Por todas partes, en los muros antiquísimos, un balcón festonado de adornos de bronce ó una pintura cabaleresca ponen un poco de arte en la historia. Y en cuanto á las calles principales,

no creo que en ciudad ninguna las haya tan suntuosamente bellas. A cada paso se encuentra una plaza monumental, un palacio de estilo atrevido, un jardín precioso.

Pero estoy convencido de que, aun no viviendo en tan bella capital, los muniqueses serían siempre los hombres más felices del mundo. La ventura la llevan en la sangre. Es una ventura física, un modo de ser constitucional, un optimismo hereditario.

—Es por la cerveza—me dijo alguien.

Y en seguida, entusiasmado, me canta el himno de lo que un poeta español llamó

Insípido brebaje de cebada.

¿Insípido? No. Sabroso, al contrario, demasiado sabroso, tal vez, para los paladares que adoran los matices finísimos que hay entre vino y vino. Sabroso y saludable, y bello también, con su color ru-

bio tostado, con su transparencia de topacio de Oriente, con su espuma blanquísima.

Sólo que yo estoy seguro de que ni aun la supresión de la cerveza haría infelices á estos hombres, ni suprimiría la sonrisa del rostro rozagante de estas mujeres.

Los muniqueses son felices como otros son tristes, como los castellanos son sombríos, como los ingleses son graves, como los sajones son solemnes.

No hay ni necesidad de venir aquí para convencerse de ello. Las fotografías y los grabados bastan. Todos al retratarse toman actitudes teatrales, como si desearan hacerse ver, hacerse admirar. ¡Y qué decir de ellas, qué, olvidando, sus talles cortos y sus formas abundosas, visten siempre, cuando van á colocarse ante el objetivo, mantos griegos ó trajes medioevales! En cuanto á los pintores, con deciros que al mismo Cristo en la cruz le dan una cara de tenor satisfecho, queda dicho todo.

#### LA CIUDAD HORRIBLE

¿Qué es aquello? Desde lejos diríase un castillo infinitamente grande, un castillo de cuento para gigantes. El puente levadizo es enorme. Los guerreros que guardan la entrada, parecen de una raza sobrehumana. En el horizonte, las almenas, humeantes cual después de una batalla, álzanse á alturas fabulosas.

Acerquémonos.

Es un puente, en efecto, que puede levantarse, gracias á una máquina de vapor. En cuanto á los guerreros, son de bronce y representan el uno el comercio y el otro la industria. Las almenas, vistas de cerca, se convierten en chimeneas... Y heme aquí, sin buscarlo, en el puerto comercial de Hamburgo.

Ningún ser humano vive ahí.

No hay una sola tienda. No hay una sola cama. Esto no está hecho para dormir, no está hecho para comer, está hecho para trabajar. Así, todos esos hombres que, inclinados bajo las luces eléctricas, escriben cifras muy pequeñas en libros muy grandes, son extranjeros. A las siete de la noche, cuando suenan en los cien puentes los cien clarines del anochecer, escápanse en legiones negras y huyen hacia la ciudad, mientras esas otras legiones de trabajadores más humildes, que no escriben, sino que cargan sacos, que tiran cuerdas, que manejan máquinas; esos otros vuelven á sus barcos, que se hallan anclados en medio del puerto.

Vosotros, los que no habéis visto el Elba en Hamburgo, no tenéis idea de lo que es un puerto colosal.

Os lo aseguro que no.

Decidme cómo os lo figuráis.  
¿Muy ancho, muy ancho, grande cual un mar, no es cierto?

Pues es estrecho cual una calle. Es una amplia calle de agua sucia nada más, con casas á uno y otro lado. En medio, uno tras otro, los enormes trasatlánticos se anclan y vomitan, cuando vienen de tierras lejanas, todos los maravillosos productos que las Áfricas, las Asias y las Américas mandan aún en cambio de perlas de vidrio y de telas multicoloras, cual en los más primitivos tiempos de las conquistas.

Lo que no acierto á comprender es cómo una vez descargadas de sus marfiles y de sus cafés, y cargadas de sus tarlatanas y de sus cristales, estas naves pueden volverse hacia el mar. El canal no parece bastante ancho para que dos vapores se encuentren. ¡Son tan grandes!

Pero, ¿qué no es aquí gigantesco?

Al lado de esos palacios, en los cuales viven, solos, los sacos de mercaderías, los palacios de los hombres son juguetes. El más pe-

queño, el de la vainilla ó el de la canela, tiene las proporciones de un Louvre, y no creáis que son feos, no. Son tan hermosos cual los hoteles palacios de las ciudades modernas. Los ladrillos de sus muros, siempre frescos, lucen con una limpieza que desconocen las piedras de las viviendas humanas. Sus condiciones higiénicas, además son perfectas (para las mercaderías).

En lo único en que se muestra la ciudad desierta más prosaica que la ciudad habitada, es en que sus calles no tienen nombres, sino números. He aquí la numeración 4 ó 5. Es la del café. La reconozco en el olor. Allá está la del azúcar. Es la más grande. ¡Y cuantas ventanas tiene! Diríase, en verdad, que este producto es mas aficionado que los otros á asomarse á mirar á la calle. En cambio, aquel otro edificio sin fin, grande como una ciudad; aquel cubo de ladrillo, en el cual cabría una colina con sus granjas, aquel monstruoso

monumento, casi solo, sin puertas. Es el del alcohol.

Y son ciento, son mil, los palacios éstos que, alineados á lo largo del Elba, forman la ciudad de los productos, una ciudad que parece la realización del ensueño de un mercader de Oriente, borracho de odio y de codicia.

---

LA CIUDAD REAL

Un guía cualquiera, Baedeker, Joane ó simple Conti, nos dirá que Stuttgart tiene cerca de doscientos mil habitantes, y que su actividad comercial é industrial es extraordinaria. Hacen bien en decirlo, puesto que las cifras les ordenan que lo digan, y ellos son esclavos de las cifras. Mas para un peregrino apasionado ¿qué sería de la estadística? Este claro Stuttgart, entre sus doce colinas

floridas, no aparece ni como una manufacturera febril de aquellas que con el ruido de sus máquinas turban á orillas del Rhin el reposo eterno de los Margraves y el ensueño amoroso de las Loreleys. No; para nosotros esta ciudad no es una industrial, ni tampoco una mercader. Yo no he visto que venda nada, ni que fabrique nada, ni que se ocupe de nada. En el horizonte, ninguna chimenea.

En sus calles, ningún almacén enorme. Aquí, y allá y más allá, son hoteles suntuosos, admirables cervecerías, peluquerías espléndidas y confiterías y más confiterías. ¡Cuántos dulces, cuántos bombones, cuántos pasteles come esta gente! ¡Y con cuánta ceremonia los come! Las robustas señoras, vestidas con batas de seda y cubiertas de sombreros tiroleses, las amplias, las rozagantes, las abundosas rubias de ojos infantiles y de bocas voraces, que en las demás ciudades del imperio se tragan tres *sandwichs* en diez minu-

tos y luego se limpian los labios con la manga, son aquí ceremoniosas y remilgadas. Ni andan de prisa, ni hablan alto. Llegan, se sientan, examinan la minuta de los sorbetes, contemplan las pirámides de pastelillos, y cuando, después de meditar, decídense, hacen una seña, dicen dos palabras y esperan.

Vosotros, los que no habéis estado en Stuttgart, no sabéis lo que es esperar. «Kellner, un moka». El kellner se aleja sin prisa. Pasa un cuarto de hora. Reclamáis. Todo el mundo os contempla con asombro. ¡Hacer ruido en un café! Pero por ventura no habéis visto que todos los parroquianos, todos sin excepción, se quitan el sombrero desde que entran, y no se lo ponen sino en la puerta, al marcharse, después de haber observado una actitud casi religiosa? Si queréis gritar, id á la cervecería de Munich. En el café, Stuttgart es silencio, calma... En la *condittorei*, recato...



Yo no lo siento. Al contrario. Un grito de estudiante de Heidelberg, ó una disputa de judíos de Francfort, ó una risa de muchacha de Strasburgo, detonaría en esta noble y harmoniosa ciudad regia.

Porque, en realidad, lo que Conti y Bø lecker toman por una burguesa trabajadora y comerciante, es una camarera de palacio, una noble dama, sin gran belleza y sin gusto exquisito; pero correcta, distinguida, y tan serenamente convencida de su abolengo, que es imposible no inclinarse ante ella. La ciudad toda lo requiere así. Estas vastas plazas, rodeadas de palacios inmensos, en cuyas torres las coronas reales rematan en cruces de oro; estos parques señoriales, poblados de columnas de bronce, de caballos de mármol, de guerreros de piedra; estas calles amplias, tranquilas, con sus arboledas seculares, con sus fachadas herméticas y enigmáticas; estas galerías, estas columnatas con sus cafés graves y sus doradas

confiterías; todo esto, y más que esto, el ambiente mismo, el aire que se respira, obligan á la circunspección cortesana.

Y así, pensando en este rey Guillermo de Wurttemberg, cuyo poder es ilusorio y cuyo cetro es quimérico, lejos de *plañirlo* (como dicen los españoles de Salónica), lo envidio. Es el único monarca que tiene un pueblo entero amoldado á la elegancia palaciega. Es el único rey que puede pasearse por su capital sin notar que ha salido de los jardines de su palacio.

#### EL FASTIDIO DE UN DOMINGO

Lo primero que nos estraña, al llegar, es la tristeza de las calles. Por ninguna parte se ve una alma. Las casas parecen desiertas. ¡Ni una sola ventana, ni una terraza de café, ni un jardín público con

un ser viviente! Apenas si en las estaciones de coches los automedones duermen inmóviles en sus sitios, entre nubes espesas de moscas.

Y con algo de angustia pensamos en los embusteros carteles ilustrados de Viena, que ofrecen fiestas espléndidas, músicas infinitas, alegrías sin número, desfiles de mujeres soberbias, á los que quieren ir á pasar el domingo á Pest.

¡El domingo á Pest!

Comparado con él, el de Londres es una *Kermesse*, el de Hamburgo es un carnaval.

Y volvemos al hotel... Y en la sala de lectura, entre una inglesa que lee y una francesa que se mira en el espejo, comenzamos á bostezar metódica y concienzudamente... Y pasan las horas sofocantes... Y al fin, allá del otro lado del Danubio, las luces crepusculares comienzan á envolver en resplandores de incendio los muros amarillos de la ciudadela, los ves-

tigios pintorescos de Aquinquim y los techos inmensos del palacio de los reyes apostólicos...

Entonces salimos de nuevo, siguiendo el consejo del *portier* lleno de galones que acaba de decir (con una campechanería desconocida en Francia y en Alemania), dirigiéndose á todos los que bostezamos:

— ¿Por qué no van ustedes á Varosligestio á Os Rudavara?

Salimos sin gran esperanza. Un coche indescriptible, que no habría podido hacer el clásico camino de Madrid á Zaragoza siguiendo á Loreto Prado ni en cinco años; un coche como sólo en Oriente se ven, nos lleva, dando tumbos, poco á poco. El cochero duerme siempre, entre el vuelo de las moscas. El caballo apocalíptico amenaza ruínas. El tiempo pasa. Con el Bædecker abierto, vamos descubriendo los edificios. Este palacio es la galería nacional: ahí están los cincuenta lienzos de la escuela española comprados

por el rey á Estherazy... Este otro, á medio construir, es la Bolsa... ¡Cuántas torrecillas!... Este otro, todo de porcelana, parecido á las estaciones del Metropolitano de Paris, éste Dios sabe lo que es... Esta cúpula es una iglesia..., sí..., es la catedral de Leopoldstadt... Esto otro, de estilo árabe, es la sinagoga...

Luego, nada más. Calles y calles, calles desiertas, calles polvorientas, calles mudas con caserones bajos, con ventanas enrejadas cual las de una cárcel antigua.

Al fin, entre una arboleda, una música lejana llega á nuestros oídos. Ya estamos allí. El coche se detiene. Y notando que allá, en el fondo, hay gente, gente que se mueve, nos sentimos como debió sentirse Gautier al salir del Escorial. ¡Qué bella es la vida! ¡Qué admirable es el movimiento!

Y para que todo sea contraste, apenas hemos penetrado en el bosque florido, notamos que todo el

millón de habitantes de Budapest está allí.

Amontonándose en cafés inmensos, en monstruosos jardines llenos de mesitas, en fenomenales galerías, ejércitos enteros de hombres, mujeres, niños y ancianos, cantan, bailan, gritan y beben.

Los alemanes exclaman:

—¡Es kolossal!

Y es, en efecto, colosal. Hay cervecerías, como la Hungría de Hungría-Ut, en las que veinte orquestas hacen bailar á veinte mil parejas.

Luego, más arriba, Osbudovara, la feria, el barullo de los organillos, la voluptuosidad de los violines, los idilios en la sombra, la vida nocturna que comienza, y en los ojos de las húngaras, esos ojos divinos, los fuegos de la pasión que brillan como chispas.

## VIOLINES DE HUNGRÍA

«¡Los tzigans! ¡Los tzigans!...»  
 Y nosotros, acostumbrados á ver, en los restaurants de Europa, las brillantes orquestas compuestas de hombres rojos, nos asomamos á la ventanilla y buscamos, entre la multitud que llena la estación, el grupo pintoresco. Por todas partes hombres descalzos, campesinos miserables, niños sin camisa, muchachas con los brazos desnudos, militares cubiertos de polvo, burgueses sórdidos... Pero hermanos de Rigo, ninguno.

—¿En donde están?—preguntamos.

—¡Allá!...

Y en efecto allá están los pobres músicos, miserablemente vestidos, con levitas raídas, con fracs raídos. Allá están, de pie, formando un semicírculo alrededor del jefe, que gesticula, que abre los bra-

zos, que se inclina hasta el suelo y que luego, en un estiramiento de reptil, yérguese con el arco en la mano cual una batuta interminable. ¡Allá están! Ya los violines lloran y ríen y cantan, en la atmósfera ardiente de esta tarde canicular. ¡Qué música tan extraña! Son voces de amantes que se lamentan en la sombra; son suspiros éntrecortados que vienen de lejanías azules; son amenazas, ruegos, oraciones, promesas y preguntas. Es todo el lenguaje musical de la pasión. Y si es cierto, como dicen los especialistas, que no hay en todo ello sino sensaciones rápidas, es necesario confesar que los profanos sentimos más honda esta rapidez que las profundidades del arte sabio.

¡Oh! ¡Los violines zingaros! Son hermanos de nuestras gitanas guitarras. Y con un ardor igual, y con una igual amargura, dicen, allá, en el otro extremo de Europa, á orillas del gran Danubio inmóvil, las eternas preocupaciones

de la raza misteriosa que vive en Europa desde hace siglos sin dejar de ser africana. "Tales eran hace mil años —dice Saint Victor— tales son hoy. Ninguno de los rasgos del tipo primitivo se ha alterado. En los campos de Escocia, cual en las sierras de Andalucía, esos hombres de nariz aguilena, de ojos biliosos, de tez de bronce, de pelo duro, son los mismos que espantaron á los cronistas de la Edad Media.» Y si los hombres no cambian, el ritmo tampoco. Los zingaros que vió el autor de *Hombres dioses* en España y en Inglaterra, lo mismo que estos que hoy me aparecen en una estación de Hungría, viven en universo ideal de vibraciones apasionadas. Los suspiros de sus violines ó de sus guitarras son suspiros de toda la raza, esa raza que la gente desprecia, creyéndola inferior, y que, en realidad, no es sino diferente.

¡Violines de Hungría! ¡Cuán deliciosamente acariciáis mis oi-

dos! En vuestra música hay algo más penetrante que la armonía misma, algo que no es ya sonido, sino caricia física, sacudimiento material, algo que nos domina por completo, invadiendo nuestra alma y nuestro cuerpo. Los filtros antiguos que las gitanas vendían á los incautos amorosos, deben haber sido extraídos de estos ritmos. ¡Cuánto hechizo en cada estrofa! ¡Cuánta fantasía! ¡Cuánto lujo! ¡Cuánta variedad!... Por que eso de creer que los aires gitanos son monótonos, es como suponer que las nubes son uniformes. Son cambiantes como los cielos lejanos; suntuosos como los collares que adornan los pechos dorados de las vírgenes errantes; son ardientes como las miradas de esos ojos negros; son lánguidas como la voluptuosidad misma; son quejumbrosos como la ausencia.

¡Oh, violines zingaros, violines de amor y de penas; cuán hondamente penetráis nuestras almas con vuestros suspiros y con vuestras quejas.!